

PARA PROFUNDIZAR EN LA CONCLUSIÓN

Conclusión. La lucha entre la preferencia y la resistencia: la espera de Dios que mendiga nuestro amor

«Por mucho que el hombre le diga que no, por mucho que su respuesta sea siempre inadecuada, por mucho que se olvide continuamente, Él [Dios] nunca deja de buscarle» (Conclusión). Proponemos un pasaje del libro de Marina Ricci, Govindo. Il dono di Madre Teresa (Govindo. El regalo de Madre Teresa). Después de años de alejamiento de la Iglesia, frente a la preferencia que manifiestan por ella las hermanas Misioneras de la Caridad y un pequeño niño, la autora reconoce con conmoción la preferencia de Dios, que nunca se ha olvidado de ella. Y al final cede a una evidencia, como la evidencia de una historia de amor.

«La preferencia de Dios»*

Desde hacía años ya no iba a misa. No por decisión, ni por rebelión. Poco a poco, sin embargo, calladamente y sin hacer ruido había llegado hasta ese limbo en el que ni eres practicante ni eres ateo. Como si me hubiese quedado muda de repente, ya no conseguía hablar con ese Dios al que tanto había amado. No le imputaba ninguna culpa. No había sido Él quien me había desilusionado, sino los hombres. Desgraciadamente había sido así. Y como Él había pensado encarnarse para nuestra salvación, ahora que me había quedado sola sin esos rostros que habían sido para mí su carne y su sangre, ya no sabía dónde encontrarle, ni como “practicarlo”. [...]

No esperaba, no creía que la vida pudiese reservarme todavía grandes sorpresas, ya no tenía nada que pedir, no me confiaba a nada ni a nadie. Todo esto estaba encerrado dentro de mí. Escondido primero a los demás y después también a mí misma. Y por eso ya ni siquiera lloraba por ello. Sister Frederick era el primer rostro de Dios que encontraba después de muchos años.

«Sister», le dije después de haberle contado mis desventuras a Shishu Bhavan, «¿qué es mejor para este niño? ¿Tener una familia que pueda cuidarle, con su madre en casa y todo lo demás o tener en cualquier caso, sin estas garantías, el afecto de una familia?». [...]

Ella hablaba y yo lloraba. No por la dificultad de la decisión. No por ese niño, ni por Calcuta. Lloraba por ese amor perdido que ella en cambio había aferrado, había abrazado fuertemente y envuelto con un sari blanco ribeteado de azul. Lloraba por mí misma, por todas las arideces, las ambiciones y las resignaciones que habían envuelto en cambio mi vida, escayolándola y quitándole horizonte y corazón. Ahora sister Frederick callaba y escuchaba.

«Sister, es como si después de tanta lejanía, Dios hubiese dicho: ahora basta. Y hubiese extendido su mano hacia mí. Pero con violencia, como si me estuviese agarrando por los pelos aquí, en Calcuta, trastocándome por completo e inundándome de lágrimas. Yo le dejé hace mucho tiempo, pero no me he olvidado de Él. En estos años de distancia no he cometido ningún mal. Quizá he estado cerca, pero en el último instante algo me ha detenido siempre».

Desde detrás de sus gafas, los ojos de sister Frederick no perdían ni una lágrima.

«Nunca has cometido ningún mal», dijo, «porque Él también te ha amado mucho y no te ha olvidado».

»

* M. Ricci, Govindo. *Il dono di Madre Teresa*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2016, pp. 37-41.

» Cuando lo escribo y lo cuento me parece que estoy reduciendo su valor, y tengo el temor de parecer ridícula. Pero, ¿con qué se puede comparar la relación con Dios si no es con una historia de amor, con una pasión ardiente que puede llevar a realizar las cosas más locas e increíbles? ¿Cómo se podría explicar si no ese sari blanco y azul y esa paz en la miseria, esa caricia en la muerte, ese brillo transparente de los ojos de tantas mujeres en medio de la oscuridad de Calcuta? [...]

Era demasiado fuerte el cúmulo de emociones, de hechos, de coincidencias como para no sentirme extraña, para no preguntarme si todo lo que sucedía era fruto de fantasías exaltadas o verdaderamente venía de Dios. Nunca me había pasado percibir de modo tan material una presencia. De modo tan violento, como si Dios me estuviese arrojando en la cara su rostro a través de las gafas de *sister* Frederick, de los brazos anquilosados de un niño, del polvo de las calles de una ciudad india. Pero aun así yo no dejaba de ser una periodista, acostumbrada por oficio y por temperamento a dudar y a verificar. Y además, vuelvo a decirlo, lo que sucedía era tan violento y tan manifiesto que llevaba inevitablemente a preguntarse si era verdad. Cada uno tiene su respuesta. Yo he tenido que ceder a una evidencia.